

04 PORTADA ♦ El arte de vagabundear

CAMINANTES QUE DIALOGAN CON EL PAISAJE

Los 'flâneurs' proliferan en la literatura y el arte: practican la 'gastronomía de los ojos' a la espera, quizás, del susurro de las musas. ¿Quiénes son estos errantes meditados? ¿Es posible la 'flânerie' en tiempos de dictadura de las pantallas?

MIGUEL ÁNGEL BARROSO

«**V**oy leyendo el paisaje, dialogando con él de forma permanente. Creo que tengo el conocimiento de la lengua en que está escrito». La llamada de ABC Cultural pilló a Eduardo Martínez de Pisón en Asturias después de un año terrible de pérdida, enfermedad y encierro. «Acabo de dar un paseo delicioso por valles alomados frente al mar. El verano no acaba de romper aquí y todavía tienes la sensación de despertar primaveral, de renovación. Sí, se puede decir que he estado 'flâneando', pensando en todo y en nada mientras caminaba, buscando argumentos para un próximo artículo o libro... o simplemente disfrutando de la naturaleza, sin más».

El misterio de las cosas

Geógrafo, escritor y montañero, Martínez de Pisón es autor, entre otros ensayos, de 'La montaña y el arte. Miradas desde la pintura, la música y la literatura' (Fórcola). El paisaje, dice este sabio, es un territorio interpretado culturalmente que nos proporciona una experiencia estética. Sin motivo, sin interés práctico. Pero abierta al aprendizaje, al descubrimiento. «El sentimiento de la naturaleza -escribe Unamuno, reconocido 'flâneur', uno de los 1.200 autores que Pisón cita en esta obra-, el amor inteligente, a la vez que cordial, al campo, es uno de los más refinados productos de la civilización y de la cultura». «Unamuno te enseña a ver Gredos. Con Machado, Soria gana una barbaridad, porque a los guijarros los volvía versos. Hay una cultura, un mito que nos envuelve». Un 'flâneur' fomenta poéticamente el misterio de las cosas, no lo describe totalmente, lo deja en el aire. Pero el paseante favorito para Pisón es Herman Hesse. «Es de una finura exquisita, un gran catordeador de paisajes, sobre todo en



De izquierda a derecha, 'El caminante sobre el mar de nubes', de Friedrich, y la propuesta de Martín Vitaliti con la BlueProject Foundation en Madrid // ABC



CAMINOS CON RETORNO (ARTÍSTICO)

J. D.-GUARDIOLA

Poco esfuerzo le ha costado al mundo del arte ponerse a caminar y que de aquello surjan proyectos de envergadura. Vienen a la cabeza las grandes caminatas de Hamish Fulton por los confines del mundo, traducidas luego a datos básicos. O los paseos a los que ha invitado Lara Almarcegui, obligándonos a mirar con otros ojos lo que pasa desapercibido. Caminar han caminado de Perejume a Valcárcel Medina. Estamos en Año Xacobeo y es inevitable recordar 'On the Road', aquella muestra con la que Gloria Moure celebró en 2014 el último Año Santo Compostelano; cita que incluía un memorable vídeo de otro gran 'cuenta pasos' como es Francis Alys, en el que recorría los 118 kilómetros del Camino Inglés sin salir de su taller. Después de un confinamiento como el de 2020, la hazaña es probable que fuera ampliamente superada por más de uno.

Sobre la magnificencia del paisaje, sobre cómo este ha dejado de ser físico para convertirse en digital, versó hace unos días, coincidiendo con ARCO, el primer proyecto de la BlueProject Foundation de Barcelona en Madrid. Se trataba de 'Es muro es mero muro es mudo mira muere', de Martín Vitaliti, en el invernadero vecino a las galerías Elba Benítez y Heinrich Ehrhardt. Una exposición comisariada por Renato della Poeta y Aurélien Le Genissel. En ella, Vitaliti remitía al primer cuadro en el que el artista romántico por antonomasia, David C. Friedrich, situaba al individuo de espaldas para contemplar la magnificencia del paisaje. El argentino mapeaba esa obra y capturaba el 'pixel' que ocupa su centro, el cual se convertía en una gran masa azul en Madrid, que se visualizaba desde una tarima. El paisaje cambiaba; la historia se repetía. ■

sus relatos breves, sus 'miniaturas suizas'».

¿Cuál es el origen del 'flâneur', término francés que significa 'caminante', 'paseante', 'callejero', persona que vaga sin rumbo ni objetivo fijos, ya sea en la ciudad o en el campo, con ánimo meditado pero abierto a cualquier estímulo del entorno que excite su imaginación y su creatividad, quizás un diletante (o tal vez no) que cuajó como espécimen literario en el París del siglo XIX? Cabe pensar que cuando nuestros antepasados bajaron de los árboles para buscarse la vida el interés principal era comer y no ser comido. Superar la cuadrupedia tenía como objetivo correr erguido, no pasear con una brizna de hierba entre los labios. De modo que la figura del errante sin ojos en el cogote, relajado y contemplativo, solo podía surgir en un hábitat más o menos seguro. El primer 'flâneur' debió ser un filósofo espontáneo, probablemente a la vera de algún gran río mesopotámico, alguien que, como escribe Jean-Jacques Rousseau, prefería más soñar despierto que dormido.

Ensoñaciones

No perdamos de vista la 'rêverie' (ensoñación) de Rousseau. El polímata suizo (1712-1778) se adelanta a la invención formal del 'flâneur' en 'Las meditaciones del paseante solitario', que escribió con su último aliento. «En ocasiones, mis fantasías desembocan en la meditación, pero lo más frecuente es que mis meditaciones desembocan en la fantasía; y durante esos desvaríos mi alma erra y planea en el universo con las alas de la imaginación, en éxtasis que supera cualquier goce».

En su séptimo paseo firma el acta fundacional del 'club de los caminantes', cuya sede social está en todas partes, que incluye a los trascendentalistas del siglo XIX (Emerson, Thoreau) y gente que juega en el área (Whitman, Muir, Bes-





'El caminante' de Jiro Taniguchi, subido en un árbol para coger perspectiva // PONENT MON

ton): «Vivificada por la naturaleza y revestida con su traje de boda en medio del curso de las aguas y del trino de los pájaros, la tierra ofrece al hombre en la armonía de los tres reinos un espectáculo lleno de vida, de interés y de encanto, el único espectáculo del mundo del que ni sus ojos, ni su corazón se cansan jamás (...) Los olores suaves, los colores vivos y las formas más elegantes parecen disputarse a porfía el derecho de llamar nuestra atención».

Urbanitas en origen

Pero el 'flâneur' como tal tuvo un origen urbano y, además, peyorativo, pues eso de vagar por los bulevares y parques parisinos se veía por algunos como una pérdida de tiempo, una holgazanería. Hasta que Baudelaire acudió al rescate. «Hace años escribí sobre el soneto que le dedicó 'A una que pasa', todo un manifiesto sobre el 'flanerismo' como búsqueda de lo imposible y el deseo supremo. El poeta siguió los pasos de Stendhal,

«UN FLÂNEUR FOMENTA POÉTICAMENTE EL MISTERIO DE LAS COSAS, LO DEJA EN EL AIRE» (MARTÍNEZ DE PISÓN)

«HABRÁ PASEANTES MIENTRAS QUEDE CURIOSIDAD Y VIDA CALLEJERA» (ANDRÉS TRAPIELLO)

el 'flâneur' más apasionado y cercano que conozco», comenta Andrés Trapiello, practicante de esta religión. Así cantan los primeros versos: «La calle ensordecedora gritaba en torno a mí. / Alta, esbelta, enlutada, majestuosamente enristrada. / Una mujer pasó y con gestos elegantes / alzaba y balanceaba la guirnalda de sus velos (...)».

Baudelaire no se limitó a beber «crispado como un loco» en los ojos de esa dama que pasaba, sino que escribió un auténtico manifiesto en defensa del 'flâneur' como parte de la fauna del París rediseñado por el barón Haussmann bajo el reinado de Napoleón III: «La multitud es su elemento, como el aire para los pájaros y el agua para los peces. Su pasión y su profesión le llevan a hacerse una sola carne con la multitud. Para el perfecto 'flâneur', para el observador apasionado, es una alegría inmensa establecer su morada en el corazón de la multitud, entre el flujo y reflujo del movimiento, en medio de

lo fugitivo y lo infinito. Estar lejos del hogar y aun así sentirse en casa en cualquier parte, contemplar el mundo, estar en el centro del mundo, y sin embargo pasar inadvertido (...). El espectador es un príncipe que vaya donde vaya se regocija en su anonimato».

Otros se unieron a su causa: para Balzac, la 'flanerie' es «gastrología para los ojos». Para Sainte-Beuve, «lo más opuesto a no hacer nada». Walter Benjamin da una vuelta de tuerca al describir al 'flâneur' como un moderno espectador urbano, un detective aficionado producto de la alienación propia de la ciudad y del capitalismo. El filósofo berlinés vaticina el fin de este «investigador callejero» a manos de la sociedad de consumo. Porque ¿quién va a practicar el arte del garbeo en los desalmados no-lugares (descritos por el antropólogo Marc Augé) que prosperan en las grandes urbes, como un centro comercial o una ronda de circunvalación? Escribe Benjamin en su 'Libro de los pasajes': «La multitud era el velo tras el cual la ciudad íntima, como una fantasmagoría, hacía señas al 'flâneur'. En ella, la ciudad era ora un paisaje, ora una habitación, y ambos entraron en declive con la construcción de los grandes almacenes, que aprovecharon la propia 'flanerie' para vender su mercancía. El centro comercial asestó el golpe definitivo al 'flâneur'».

Soledad en compañía

Y eso que Benjamin no conoció la sociedad hipertecnificada en la que nos movemos, encadenados a las pantallas como un enfermo a un gotero. Trapiello, en cambio, es más optimista: «Habrán paseantes, o 'ruantes' como se decía en tiempos de Galdós (el gran 'flâneur' español de todos los tiempos), a poca curiosidad que quede en el mundo. No hay pantalla que pueda con la vida callejera, de hecho la mayor parte de lo que sale en las pantallas está tomado de lo que pasa en la calle. Eso no hay imaginación que lo supere». El autor de 'Madrid' (Destino, 2020) cree que la capital de España conserva, por ahora, su encanto para los paseantes. «Tiene el tamaño justo, ni grande como para agobiarte ni pequeña como para dejar de ser un solitario y un desconocido para todo el mundo. Porque lo que busca el 'flâneur' es la compañía que no le estorbe la soledad».

Edgardo Scott (Lanús, Buenos Aires, 1978) es autor de 'Caminantes', ensayo que Gatopardo publicará próximamente en España. Un

libro que surgió «del desvío de una nota para un diario argentino». El texto que Scott escribió sobre los 'flâneurs', los paseantes, los vagabundos, los peregrinos, los 'walkmen', se le estaba yendo de las manos y cobró vida en algo más ambicioso. «Es uno de los grandes temas de la literatura, como el viaje, el enamoramiento, el padre, la novela de iniciación... y por lo tanto es un tema infinito; son innumerables los autores que escribieron sobre la caminata o que fueron ellos mismos caminantes, o las dos cosas». Scott ha traducido a Thoreau y a Joyce, dos referentes (¿qué es Leopold Bloom sino un 'flâneur' de manual, reverenciado el 'Ulises' hoy y siempre por una nutrida tropa que patea Dublín durante el Bloomsday con su biblia laica en la mano, deteniéndose en algunos santuarios, por ejemplo para apretarse un sándwich de queso Gorgonzola y un vaso de vino de Borgoña en Davy Byrnes o

«LA CAMINATA ME PARECE UNA FORMA DE LECTURA PLACENTERA DEL MUNDO»
(EDGARDO SCOTT)

LOS PASEANTES DESCONFINADOS HACE UN AÑO SON UNA METÁFORA CULTURAL DE NUESTRO TIEMPO

comprar jabón de limón en Sweny's Chemist?). 'Flâneurs' fueron Robert Walser -autor del opúsculo 'El paseo', digamos un catecismo- y T. S. Eliot, también Oscar Wilde y Pessoa. Y tantos otros.

Todas las capas

Edgardo Scott vive en París, en el 13ème, y cree que en la ciudad pervive el espíritu de la 'flânerie'. Camina. Mucho. «París tiene algo cuando te alejas de los lugares turísticos que son los 'coins', es decir, los rincones, las esquinas. De golpe puedes estar en una zona de edificios inexpresivos de los años sesenta y después das la vuelta a la esquina y te encontrarás en un 'square' donde parece que estás en el siglo XVIII, y caminas cien metros y el paisaje vuelve a cambiar. Eso está muy bien descrito en un libro que estoy traduciendo, del arquitecto urbanista Roland Castro. Es de la generación de mayo del 68 y ha tratado de contradecir la visión de Le Corbusier sobre París.

Creo que Castro tiene razón. que una ciudad tiene que mostrar todas sus capas históricas, y que eso es justamente lo que le gusta coleccionar a un caminante. La ciudad como un panegírico y el caminante como un involuntario arqueólogo. Yo entiendo y practico la caminata como una forma de lectura del mundo y de la ciudad. Pero una lectura placentera, no obligatoria; supongo que se trata de eso».

'El caminante', el bellissimo cómic de Jiro Taniguchi, es una pieza esencial para comprender la 'flânerie'. No anda lejos de su espíritu 'La vida es buena si no te rindes' o 'Ventiladores Clyde', obras maestras de Seth, aunque en ellas se introducen como matices la pérdida y la búsqueda. El personaje de Taniguchi es, quizás, el 'flâneur' más puro que nos ha regalado la cultura pop: a lo largo de unas viñetas que avanzan a ritmo parsimonioso y con largos y elocuentes silencios se describen los vagabundeos de un tipo corriente que no tiene nada importante que hacer, salvo la celebración de la existencia en lo cotidiano.

Prodigios ordinarios

Baudelaire sale en busca de una mujer «liger y noble con su pierna estatuaria». Ignora qué ruta siguió («¿No te volveré a ver sino en la eternidad?»). Fue a nacer Yeats casi al mismo tiempo que a morir Baudelaire, y en su poema 'La canción de Aengus, el errante' -que recuerda el argumento del soneto del francés-, el irlandés, henchido de imaginaria celta, envía a su protagonista a caminar por tierras bajas y tierras montañosas en pos de una criatura feérica para besar sus labios y tomar sus manos, y coger hasta el fin de los tiempos «las plateadas manzanas de la luna, las doradas manzanas del sol».

Hace poco más de un año, después de meses de duro confinamiento, una hueste de seres humanos salió de su casa a pasear con horario y territorio tasados. Se movían con una mezcla de fragilidad y determinación, al estilo de 'El hombre que camina', de Giacometti, el artista que supo expresar en su escultura el movimiento como metáfora de la existencia -como recordó en estas páginas hace una semana Pedro G. Cuartango-. La mascarilla les agrandaba los ojos, o quizás era el pasmo. Estos 'flâneurs' desenjaulados recordaban al caminante de Taniguchi, sorprendidos por los prodigios de las cosas sencillas que veían alrededor. ■



Los 'flâneurs' de 'Calle de París, día lluvioso' (1877), de Gustave Caillebotte



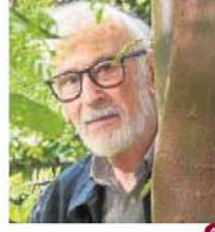
1



2



3



4



5

1 Walter Benjamin habló de los «espectadores urbanos»
2 Charles Baudelaire retrató de forma brillante al 'flâneur'
3 Fernando Pessoa, paseante en Lisboa
4 Eduardo Martínez de Pisón, un estudioso de la naturaleza y el arte
5 Andrés Trapiello, galdosiano de pro en las calles de Madrid

VOYERISMO DETRÁS DE UNA CÁMARA

M. Á. B.

Fotografías en riguroso blanco y negro. Paisanaje de un pueblo grande yendo a lo suyo. En la calle, donde se cuecen las cosas. A veces se cruzan las miradas, a veces no. Tipos solos o en compañía de otros, sonrientes, malhumorados, pensativos, preocupados, decididos, ensimismados, fumando un pitillo, pidiendo limosna, sentados en el suelo (o tumbados) tras una mala noche, tras una mala vida. ¿Somos capaces de imaginar las

historias de estas personas anónimas, de construir su particular trama de la facticidad? El fotógrafo Luis Baylón (Madrid, 1958) nos anima a ello en un volumen recién editado por RM, 'Madrid en plata', resultado de más de treinta años pateando las calles de su querida ciudad. Practicando el voyeurismo detrás de su cámara, Baylón es un 'flâneur' indisimulado. Como lo son Xavier Miserachs o Ramón Masats. Y muchos otros «daguerrotipos errantes».

Es obvio que para los fotógrafos sigue habiendo marcas de lectura reales más allá de toda virtualidad. Lo explica muy bien Susan Sontag en su referencial ensayo 'Sobre la fotografía': «El fotógrafo representa una versión armada del paseante solitario que explora, que acecha, que cruza el infierno urbano, el caminante voyeurista que descubre la ciudad como un paisaje de extremos voluptuosos. Maestro en el gozo de observar, avezado en la empatía, el 'flâneur' encuentra el mundo 'pintoresco'». ■